

## II

Las indagaciones duraron todo el verano sin que se pudiese descubrir al criminal. Los sospechosos, que fueron detenidos, probaron fácilmente su inocencia y la justicia tuvo que renunciar á la persecución del asesino.

Pero aquel asesinato parecía haber conmovido á todo el país de una manera extraordinaria y había hecho nacer en el alma de los habitantes una inquietud, un vago temor, una sensación de espanto misterioso, originada no sólo por la imposibilidad de descubrir ninguna huella, sino también y sobre todo, por aquel extraño encuentro de los zapatos delante de la puerta de la Roque al día siguiente del crimen. La certidumbre de que el asesino había asistido á las diligencias y de que vivía en la aldea, inquietaba los espíritus y parecía pesar sobre el país como una incesante amenaza.

Por otra parte, el oquedal se había convertido en un lugar temido y evitado que nadie se atrevía á frecuentar. Antes iban las gentes á pasearse allí los

domingos por las tardes, se sentaban sobre la hierba al pie de los grandes árboles, ó seguían el curso del río viendo nadar las truchas.

Los muchachos jugaban á los bolos, al tángano y á la pelota en algunos lugares en que se había allanado el suelo, y las muchachas, en filas de cuatro ó cinco, se paseaban del brazo cantando con voces chillonas romanzas cuyas falsas notas estremecían el aire tranquilo y daban dentera, como gotas de vinagre. Ahora ya nadie iba á pasear bajo la alta y espesa bóveda de los árboles, cual si se temiese encontrar allí algún cadáver tendido.

Llegó el otoño, y las hojas empezaron á caer... Caían día y noche, bajaban revoloteando raudas y leves de lo alto de los grandes árboles y se empezaba á ver el cielo á través de las ramas. A veces, cuando una ráfaga de viento pasaba sobre sus copas, la lluvia lenta y continua de hojas aumentaba y se convertía en chaparrón que cubría el musgo de un espeso tapiz amarillo que crujía bajo los pies del paseante. Y el murmullo casi imperceptible, incesante, suave y triste del deshoje, parecía una queja, y aquella lluvia cayendo siempre, parecía de lágrimas, lagrimones derramados por los grandes árboles tristes que lloraban noche y día por el fin del año, por el término de las auroras templadas y de los dulces crepúsculos, por la ausencia de las brisas cálidas y de los claros soles, acaso también por el crimen que habían visto cometer á su sombra, por la niña violada y muerta á sus pies; lloraban el silencio del bosque desierto y vacío, del bosque abandon-

nado y temido donde debía errar sola el alma de la Roquecita.

El Brindille, engrosado por las tormentas, se deslizaba con más rapidez amarillo y colérico entre sus agostadas riberas, entre dos filas de sauces delgados y desnudos.

Y he aquí que Renardet de pronto reanudó sus paseos por el oquedal. Todos los días, á la caída de la tarde, salía de su casa, bajaba con paso lento la escalinata exterior y se encaminaba hacia la arboleda, con aire pensativo y las manos en los bolsillos. Paseaba largo rato sobre la hierba blanda y húmeda, mientras que una banda de cuervos llegados de los alrededores para dormir en las altas copas, se cernía en el espacio, extendiéndose como un inmenso velo de luto y produciendo un penetrante y siniestro clamoreo.

A veces, se posaban cubriendo de manchas negras las ramas, que se destacaban sobre el fondo del cielo, sobre el sangriento cielo de los crepúsculos del otoño. Después, se lanzaban de nuevo al aire dando espantosos graznidos y volviendo á desplegar sobre el bosque el largo festón sombrío de su vuelo.

Por fin, volvían á posarse sobre las copas más altas y cesaban poco á poco sus rumores, mientras que la noche, avanzando lentamente, iba confundiendo sus plumas negras con la negrura del espacio.

Y aun seguía Renardet errando lentamente bajo los árboles, y luego, cuando las opacas tinieblas no

le permitían ya pasear, volvía á su casa y caía como una masa sobre su sofá ante la chimenea, tendiendo hacia el hogar sus húmedos pies que humeaban al calor del fuego.

En este estado las cosas, una mañana corrió por el país una gran noticia: el alcalde hacía talar su oquedal.

Veinte leñadores trabajaban ya, los cuales, en presencia del amo, habían empezado por el rincón más próximo á la casa y continuaban con bastante rapidez.

Primero trepaban á lo largo de los troncos los encargados de cortar las ramas.

Atados al tronco por un lazo de cuerda, lo abrazan primero y después, levantando una pierna, le dan un fuerte golpe con la punta de acero unido al talón del zapato. La punta entra en la madera, permanece clavada y el hombre se levanta sobre ella como sobre un peldaño para herir el tronco con la punta del otro pie, sobre el cual se sostendrá de nuevo para repetirlo con la primera.

Y á cada ascensión, va corriendo hacia arriba el lazo de cuerda que le une al árbol. En su cintura pende y brilla el hacha de acero, el leñador sigue trepando lentamente como un animal parásito que ataca á un gigante y sube poco á poco á lo largo de la inmensa columna abrazándola y agujijoneándola para ir á decapitarla.

Cuando llega á las primeras ramas, se detiene, se quita del costado el afilado hocino y hiere, hiere con lentitud, con método, cortando el miembro á

raíz del tronco, y de pronto, la rama cruje, se cimbra, se desprende y cae rozando en su caída los árboles vecinos. Después, choca contra el suelo produciendo gran ruido y todas sus ramitas parecen temblar unos instantes.

El suelo se cubría de despojos, que otros hombres cortaban á su vez formando haces y montones, mientras que los árboles que permanecían aún de pie parecían desmesurados postes, gigantescas estacas amputadas y rapadas por el cortante acero de los hocinos.

Y cuando el leñador había acabado su labor de talar dejaba en la cima del tronco el lazo de cuerda de que se había servido, bajaba en seguida valiéndose de sus espuelas á lo largo del tronco, al que otros leñadores atacaban por la base asestándole enormes hachazos que resonaban en todo el resto del oquedal.

Cuando la herida del pie del árbol parecía bastante profunda, algunos hombres tiraban, lanzando cadencioso grito, de la cuerda atada á la cima, y el inmenso palo crujía de pronto y caía al suelo produciendo el sordo ruido de un lejano cañonazo.

Y el bosque menguaba cada día perdiendo sus árboles caídos como pierde sus soldados un ejército.

Renardet no se movía de allí, allí se estaba de la mañana á la noche contemplando inmóvil con las manos atrás la muerte lenta de su oquedal. Cuando un árbol había caído, le ponía el pie encima como si fuese un cadáver y luego fijaba sus ojos en el siguiente con una especie de secreta y tranquila im-

paciencia y cual si esperase algo al final de aquel sacrificio.

Ya iban aproximándose al lugar en que la Roqueta había sido encontrada, y una tarde, á la hora del crepúsculo, se llegó en fin á él.

Como estaba nublado, los leñadores quisieron dejar su trabajo, aplazando para el día siguiente el derribo de una enorme haya; pero el amo se opuso y exigió que se talase en seguida aquel coloso que habia dado sombra al crimen.

Cuando el leñador lo hubo desnudado preparándole para el sacrificio, y cuando los demás minaron su base, cinco hombres empezaron á tirar de la cuerda atada á lo alto.

El árbol resistió; su poderoso tronco, aunque cortado hasta la mitad, permanecía rígido como el acero.

Los obreros, unidos todos, tiraban de la cuerda inclinándose hacia tierra y produciendo un grito gutural que servía para aunar y regular los esfuerzos.

Dos leñadores, de pie junto al gigante, empuñaban el hacha semejantes á dos verdugos dispuestos á reanudar sus tajos, y Renardet, inmóvil y con la mano apoyada en la corteza del árbol, esperaba la caída de la *víctima* con inquieta y nerviosa emoción.

Uno de los leñadores le dijo:

—Señor alcalde, está usted demasiado cerca y al caer puede cogerle.

Pero Renardet no respondió ni retrocedió; parecía dispuesto á recibir el haya entre sus brazos para derribarla después como un gladiador.

De pronto, al pie de la elevada columna de madera, se sintió un crujido que, como sacudida dolorosa, pareció llegar hasta la cima, y entonces el árbol se inclinó un poco pronto á caer, pero resistiéndose aún. Los hombres, excitados, hicieron un esfuerzo mayor, y cuando el árbol caía, Renardet dió un paso adelante y después se detuvo con los hombros encogidos para recibir el choque irresistible, el choque mortal que había de aplastarle contra el suelo.

Pero como el haya se había desviado un poco, le rozó únicamente las espaldas, arrojándole de bruces á cinco metros de distancia.

Los leñadores se precipitaron sobre él para levantarlo, pero cuando llegaron, ya se había levantado Renardet sobre sus rodillas aturdido, con la mirada extraviada y pasándose la mano por la frente como si volviese en sí después de un acceso de locura.

Cuando se hubo levantado, los hombres, sorprendidos, le interrogaron, no comprendiendo lo que había hecho.

Renardet respondió balbuceando, que había tenido un momento de extravío, ó mejor dicho, un impulso de chiquillo, y que se había imaginado que podía pasar por debajo del árbol, como pasan los muchachos corriendo por delante de los coches al trote. En fin, que había querido jugar con el peligro, y que hacía ocho días que sentía en él semejante deseo preguntándose cada vez que crujía un árbol para caer, si habría tiempo para pasar por debajo, sin ser tocado. En una palabra, confesaba que era una tontería; que todo el mundo tiene á veces sus momen-

tos de extravío y experimenta esas tentaciones de pueril estupidez.

El alcalde se explicaba lentamente, con voz sorda, cual si no encontrase palabras apropiadas, y después se fué diciendo:

—Hasta mañana, amigos míos, hasta mañana.

Tan pronto como hubo entrado en su cuarto, se sentó ante su mesa, ricamente alumbrada por un quinqué provisto de pantalla, y apoyando la frente en sus dos manos, echóse á llorar.

Lloró mucho tiempo, y luego se enjugó los ojos, levantó la cabeza y miró la hora. No eran las seis y pensó: "Aun tengo tiempo antes de comer," y cerró la puerta con llave. Después volvió á sentarse ante la mesa, abrió el cajón de enmedio, sacó un revólver y lo colocó sobre los papeles. El acero del arma relucía, lanzando reflejos semejantes á llamas.

Renardet lo contempló largo rato con los ojos extraviados de un hombre ebrio y en seguida se levantó y se puso á pasear.

Iba de un extremo á otro de la habitación, y de cuando en cuando se detenía para ponerse en marcha de nuevo. De pronto, abrió la puerta de su gabinete tocador, empapó una toalla en la palangana de agua y se humedeció la frente como lo había hecho la mañana del crimen. Después reanudó su paseo. Cada vez que pasaba por delante de la mesa la reluciente arma atraía sus miradas y solicitaba su mano, pero miraba el reloj y pensaba: "Aun tengo tiempo."

Dieron las seis y media. Entonces empuñó el re-

vólvér, abrió la boca cuanto pudo haciendo una espantosa mueca y se hundió dentro el cañón como si hubiese querido tragárselo. Permaneció así algunos segundos, inmóvil, con el dedo en el gatillo, y después, sacudido bruscamente por un estremecimiento de horror, dejó caer el arma sobre la alfombra y se dejó caer en la butaca sollozando: "No puedo, no me atrevo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿cómo cobraría valor para matarme?"

Como llamasen á la puerta, se levantó muy agitado. Un criado le dijo desde fuera:

—Señor, la mesa está puesta.

—Está bien, ya bajo—le respondió.

Y entonces cogió el revólver, lo volvió á guardar en el cajón y se miró en el espejo de la chimenea, para ver si su cara denotaba emoción. Estaba encarnado, como siempre, tal vez un poco más que de ordinario, y esto era todo; así es que bajó y se sentó á la mesa.

Comió despacio, como hombre que desea hacer durar la comida, que no quiere encontrarse solo consigo mismo, y luego fumó varias pipas en la sala, mientras quitaban la mesa. Luego volvió á subir á su cuarto.

Después de encerrarse, miró debajo de la cama, abrió todos los armarios, registró todos los rincones, escudriñó todos los muebles; encendió en seguida las bujías de la chimenea y, dando varias vueltas sobre sí mismo, recorrió con la mirada toda la habitación con angustia y espanto que desfiguraban su rostro, pues estaba seguro de que iba á ver, co-

mo todas las noches, á la Roquecita, á la niña á quien había violado y estrangulado después.

Todas las noches se repetía la odiosa visión, que empezaba primero con una especie de zumbido en los oídos, semejante al rumor de un martinete, ó al paso lejano de un tren sobre un puente. Después se iniciaba el ahogo, el estado anhelante, y se veía obligado á desabrocharse el cuello de la camisa, á aflojarse el cinturón y á pasearse para activar el curso de la sangre. Procuraba leer, procuraba cantar, pero todo era en vano; el pensamiento permanecía fijo, á pesar suyo, en el día del asesinato, y se le reproducía con todos sus secretos detalles, con todas sus violentas emociones, desde el primer minuto hasta el último.

Aquella mañana, la mañana del horrible día, había sentido al levantarse un poco de aturdimiento y de jaqueca, que atribuía al calor; de modo que había permanecido en su cuarto hasta la hora de almorzar. Después de la comida había dormido la siesta, y luego había salido á media tarde para respirar la brisa fresca y calmante bajo los árboles de su oquedal.

Pero desde que puso los pies fuera de casa, el aire pesado y ardiente de la llanura le sofocó aún más.

El sol, muy elevado aún sobre el horizonte, derramaba oleadas de sofocante luz sobre la tierra calcinada, seca y sediente. Ninguna ráfaga de viento movía las hojas. Los animales, los pájaros, hasta los insectos, permanecían mudos. Renardet se dirigió hacia la sombra de los grandes árboles y se pu-

so á pasear sobre la hierba y donde el Brindille daba un poco de fresco bajo el inmenso techado de ramas. Pero se sentía poco á gusto, le parecía que una mano desconocida é invisible le apretaba el cuello, y apenas pensaba en nada, él, que de ordinario solía tener pocas ideas en la cabeza. Sólo un vago pensamiento le ocupaba hacía tres meses, el de volver á casarse, pues sufría viviendo solo, sufría física y moralmente. Habitado hacía seis años á ver una mujer á su lado, acostumbrado á su constante presencia, á su abrazo cotidiano, sentía necesidad, una necesidad imperiosa y confusa de su contacto y de sus besos.

Desde la muerte de su señora sufría sin cesar, sin comprender por qué, sufría al no sentir que sus faldas rozaban sus piernas durante todo el día, y al no poder, sobre todo, reposar abandonado en sus brazos. Hacía apenas seis meses que estaba viudo, y ya buscaba por los alrededores la joven ó la viuda con quien pudiera casarse cuando la época del luto hubiese pasado.

Tenía una alma casta, pero alojada en un hercúleo cuerpo, y mil imágenes carnales empezaban á turbar sus sueños y sus vigiliás.

El procuraba alejarlas; pero acudían de nuevo, tanto, que había momentos en que, sonriéndose á sí mismo, murmuraba:

— Heme aquí, hecho un San Antonio.

Habiendo tenido aquella mañana algunas de estas tercas visiones, se le ocurrió de pronto la idea de ba-

fiarse en el Brindille, para calmarse y refrescar el ardor de su sangre.

Conocía un poco más lejos un lugar ancho y profundo á donde las gentes del país iban á bañarse varias veces en verano, y se fué allá.

Espesos sauces ocultaban aquel remanso transparente donde las aguas reposaban y parecían adormecerse un poco antes de reanudar su marcha. Al aproximarse, Renardet creyó oír un ligero rumor, un débil chapuceo que no se parecía al que produce el arroyo al deslizarse por su cauce. Entonces separó con cuidado las ramas de la orilla y miró. Una muchacha completamente desnuda, blanca á través de las transparentes ondas, batía el agua con sus dos manos, bailando dentro del baño y dando vueltas con gentiles ademanes. Ya no era una niña; pero tampoco era una mujer; estaba gorda y formada, aunque conservaba cierto aspecto de niña precoz, casi madura, que había crecido con rapidez. Sobrecogido de sorpresa y de angustia, suspendido el aliento por una extraña y punzante emoción, Renardet no se movía y permanecía allí con el corazón palpitante, como si uno de sus sueños sensuales se hubiese realizado, como si una hada impura hubiese hecho aparecer ante sus ojos aquel sér juvenil, aquella tierna Venus aldeana, nacida de las aguas del arroyo, como la otra, la grande, de las olas del mar.

De pronto la niña salió del baño y sin verle, se dirigió hacia él para buscar sus ropas y vestirse. A

medida que se aproximaba muy despacito por temor á lastimarse con los puntiagudos guijarros, Renardet se sentía empujado hacia ella por una fuerza irresistible, por un impulso bestial que tumultuaba toda su carne, enloquecía su alma y le hacía temblar de pies á cabeza.

La niña permaneció de pie algunos segundos detrás del sauce en que él se ocultaba, y entonces, perdiendo la razón, el hombre abrió las ramas, se arrojó sobre ella y la cogió entre sus brazos. Ella, demasiado asustada para resistir y demasiado espantada para gritar, cayó, y él gozó de ella sin saber lo que hacía.

Despertó de su crimen como el que despierta de una pesadilla. La niña empezaba á llorar.

— Cállate, cállate, te daré dinero.

Pero la muchacha no hacía caso y seguía sollozando.

— Calla, calla—repetía.

Entonces ella empezó á dar gritos, haciendo esfuerzos para escapar, y él, comprendiendo de pronto que estaba perdido, la cogió por el cuello para detener en su boca aquellos desgarradores y terribles clamores. Como ella continuase luchando por desasirse, con la fuerza de un ser que quiere huir de la muerte, él cerró sus manos de coloso, apretó la garganta preñada de gritos y la estranguló en pocos instantes sin querer matarla y llevado del único deseo de hacerla callar.

Se levantó horrorizado.

La niña yacía ante él con la faz amoratada, é iba

ya Renardet á escapar, cuando despertó en su trastornado espíritu el instinto misterioso y confuso que guía á todos los seres en el peligro.

Tuvo tentación de arrojar el cuerpo al agua; pero otra intención le condujo hacia las ropas de la muerta, con las que hizo un pequeño lfo atándolas con un bramante que llevaba en el bolsillo y escondiéndolo todo en un profundo agujero del arroyo, junto un tronco de árbol cuyo pie se bañaba en el Brindille.

Después, echó á andar á toda prisa, llegó hasta las praderas, dió un inmenso rodeo para que le viesen los aldeanos que vivían lejos de allí, al otro lado del pueblo y llegó á cenar á su casa á la hora ordinaria contando á sus criados el trayecto que había recorrido en su paseo.

No obstante esto, durmió aquella noche, pero con un pesado sueño de bruto con que deben dormir á veces los condenados á muerte, y no abrió los ojos hasta que empezó á amanecer. Esperó luego despierto y torturado por el temor de que se descubriese el crimen, su hora ordinaria de levantarse.

Tuvo que asistir luego á todas las indagaciones, lo que hizo como un sonámbulo, en medio de una alucinación que le hacía ver los hombres y las cosas á través de una especie de delirio, de una nube de embriaguez; bajo el peso de esa duda de irrealidad que turba el ánimo en el momento de las grandes catástrofes.

Sólo el grito desgarrador de la Roque le partió el corazón. En aquel momento estuvo á punto de arrojarse á los pies de la anciana gritando: "He sido